

De experiencias y resistencias

*Javier García**

Es muy grato y un honor para mí integrar este Panel por el 50º Aniversario. Un panel multi-generacional, como es nuestro grupo. No tenemos, como en algunas universidades, los cuadros ordenadamente colgados de cada generación, tenemos una mezcla y trabajamos desde esta mezcla.

Por eso este momento de reconocimiento tan especial y tan merecido a las primeras generaciones, a los “Miembros de honor”, es también un momento de reconocimiento a todas las generaciones, incluyendo a los miembros y candidatos más jóvenes. Todos en el mismo crisol.

Reconocimiento a los que estamos aquí y también a los que por diferentes razones no están aquí, pero sí en nuestra historia y en nosotros.

Partiré de una pregunta: **¿cómo pueden estar las historias de APU en nosotros?** No me refiero a las versiones de ellas, sino a las “*experiencias*” que la constituyeron. Es decir, algo que no sé y seguramente ni siquiera sea posible saber, pero sí pensar y dejar que nos provoque evocaciones a cada uno. Un lugar de cruce virtual entre historia y actualidad, y de límite “*real*” entre “*experiencia*” y relatos¹.

No podemos estar demasiado seguros de saber cómo están presentes experiencias de otros en otro tiempo y de muchas

* *Miembro Titular de APU. Bvar. Artigas 2654. E-mail: gp@adinet.com.uy*
1. “*Real*”, porque escapa al discurso hablado o pensado.

generaciones intercaladas que constituyen el mismo grupo. No es algo predominantemente conciente. Tenemos anécdotas, recuerdos, textos. Pero, ¿qué de todas esas experiencias están hoy “perturbándonos”?

Con: “*perturbación*” me refiero a algo como lo que provoca la irrupción del sueño. Aquello de la experiencia pasada y actual, propia pero desconocida y de otros, que mueve a producir.

La transmisión es lo que hace a las experiencias más difícil de precisarlas y pensarlas, a la vez que es lo más fuerte en caracterizarnos.

Cuando hago referencia a “*experiencias*” no me refiero a una idea de vivencia, ni a experiencia como acumulación de actividades realizadas, ni a una noción de experimentación científica. Me refiero a distintos niveles donde palabras, pensamientos, afectos, actos y textos se producen con otros y producen sujetos. El grupo produciendo y produciéndose.

Esto es algo que socialmente ha perdido peso hace ya mucho tiempo. El dispositivo social-económico-cultural-mediático anticipa o sobre-imprime imágenes sobre los relatos que tratan de dar cuenta de alguna experiencia, generan demandas necesarias para sostener el sistema y no deja espacio ni tiene interés de que se produzcan sujetos sociales y de deseo. La respuesta puede ser el anonadamiento o la violencia disruptiva.

Entonces esta importancia de la “*experiencia*” contrasta con el momento cultural que vivimos, donde ellas no sólo no están jerarquizadas, sino que están especialmente devaluadas y rechazadas.

Haré dos referencias al respecto. Una en relación con la idea de “*experiencia*” y su extinción en la cultura actual, siguiendo a Giorgio Agamben en “*Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*”. La otra en relación con la necesidad de “*resistir*” -resistencia- a la elusión del sujeto, tomando algunas ideas no textuales de Jacques Derrida en “*Resistencias*”.

Agamben sitúa la experiencia como una característica

humana por haber sido infante, por lo inefable de esa realidad infantil. Para hablar, el hombre debe constituirse como sujeto del lenguaje, debe decir yo (pp. 71, 72) y es en esta “diferencia, en esa discontinuidad (que) encuentra su fundamento la historicidad del ser humano” (p- 73) y la posibilidad de “producir cada vez al hombre como sujeto” (p.66).

“Así como fue privado de su biografía -dice Agamben-, al hombre contemporáneo se le ha expropiado su experiencia...” (p.7). La destrucción de la experiencia parece estar en los modos de vida diaria en las ciudades, en la relación con los otros, en las formas prevalentes de la investigación y el conocimiento, en el privilegio de los fenómenos “macro” sobre los “micro” en la economía dominante. Hay una lejanía y pobreza entre las vidas y al mismo tiempo el hombre hoy tiene un exceso de acontecimientos que lo extenuan pero sin que ninguno de ellos se haya convertido en experiencia. La transmisión queda afectada pues está estrechamente ligada a la experiencia, mucho más que a la comunicación formal.

El correlato de la experiencia está para Agamben en la autoridad, es decir, en la palabra y el relato. Actualmente -dice- ya nadie parece disponer de autoridad suficiente para garantizar una experiencia y, si dispone de ella, ni siquiera es rozado por la idea de basar en una experiencia el fundamento de su propia autoridad. Esto no implica “que hoy ya no existan experiencias. Pero éstas se efectúan fuera del hombre. Y curiosamente el hombre se queda contemplándolas con alivio” (p.10). Los grandes problemas sociales y de los países se gerencian, las emociones y conflictos humanos se medican, sin que nada de lo humano interfiera. Re-ubicar los problemas en cada sujeto, en el grupo y en la sociedad, genera renuencia e incredulidad. Se espera que alguien resuelva.

Nosotros sabemos las dificultades actuales de sostener nuestra experiencia clínica y formativa y de sostener un discurso psicoanalítico con la autoridad de esa experiencia. La tendencia es a buscar la autorización afuera, en otros métodos y a armar, no un discurso consecuente sino, una difusión mediática.

Ser sujeto de experiencia tiene su costo y sus resistencias.

Estamos en el medio de estas resistencias al sujeto. Resistencia a lo que habla desde una experiencia que no es totalmente decible y que es, por lo menos hasta cierto punto, opaca. La existencia de un sujeto requiere de cierta opacidad. No todo es visible, afable ni traducible. La imagen mediática en vivo y los doblajes generan la ilusión de hacer global y conocible lo singular y enigmático. Claro que, el efecto, afecta las singularidades, las aplasta hasta que su fino perfil no distorsione la imagen.

En este contexto, no hay vacunas para los psicoanalistas, ni en nuestras prácticas ni en nuestras instituciones. El Psicoanálisis como área de trabajo con el sujeto del Icc., así como la antropología social como disciplina del sujeto social, están a contrapelo de las tendencias culturales actuales. Lo que está a contrapelo se resiste.

El concepto de “resistencia” no es unívoco. Freud describió un abanico de resistencias² no menos de 5 tipos, y dejó ver que no hay una resistencia ni un sólo lugar de resistencia e insistencia. Dentro de ellas, reconocidas la represión, la transferencia, el beneficio de la enfermedad y la culpa por mejorar, el hueso duro de roer es lo que Freud muchas veces llamó resistencia del Icc., que es la insistencia del Icc., ubicada junto a un “trabajo a través” o “per-elaboración”, siempre con resto. Derrida dijo: “Si no hay una resistencia, no hay el Psicoanálisis” (p-38). Y esta afirmación parece ser cada vez más actual, no sólo para el Psicoanálisis. Si no hay “resistencia” no hay sujeto. Y si no hay “resistencia” al modo de relación del hombre con la naturaleza tampoco habrá vida.

Resistencia del sujeto a su borramiento, resistencia en el sentido “*partisano*” como resistencia a la invasión, a la destrucción, **resistencia a la consideración del hombre como máquina tanto en la fábrica como en la sociedad, en su**

2. “Estudios sobre la histeria”, “La interpretación de los sueños”, “Addenda” a “Inhibición, síntoma y angustia”.

cuerpo y en su mente. Resistencia a que la sexualidad humana se maneje con un manual de usuario de técnicas, resistencia a un criterio de normalidad sin conflicto, asintomática, porque no molesta y, resistencia, a que la experiencia se sitúe por fuera del hombre, desde la afectividad hasta la función política.

En el origen del Psicoanálisis estuvo la osadía de incluir los síntomas y el conflicto en el sujeto y en la sesión analítica en transferencia. Sigue siendo un desafío renovado y cada vez mayor para cada nueva generación. Los pioneros tuvieron que abrir camino pero sería ingenuo pensar que la vía quedó expedita. Lo más fuerte que nos donaron no fue la cosecha a recoger sino el modo en que sembraron. Un compromiso social y ético con nuestro objeto de trabajo que, mucho más que un objeto cedido es un rasgo transmitido. Esta diferencia no creo que sea menor, pues socialmente me he preguntado con preocupación muchas veces qué le dejamos a las generaciones jóvenes. Una sociedad empobrecida al máximo, una pérdida de las cosechas realizadas en la primera mitad del siglo pasado. Pero en estos tiempos hemos tenido en nuestro país oportunidades de reencontrarnos con intensas experiencias del pasado actualizado, difíciles de relatar y de saber cómo las hemos transmitido a nuestros hijos, cuyo tesoro es disponerlas y sentir cómo las nuevas generaciones las han heredado y relanzado. Qué herencia sino una transmisión de sesgos éticos de deseo, con todos sus errores prácticos a la vista. Pero claro, sobre esto, poco se puede saber con certeza.

En este vértigo social, en esta exigencia permanente que el mundo actual hace de movimientos y actos, de estar siempre con agenda completa: niños, adultos o instituciones, podríamos hablar, si ustedes quieren, de la posibilidad de detenernos. Quizás, como Paolo y Francesca, el movimiento permanente aparezca como castigo por la sexualidad y para salir de ella, evitar los enigmas de los otros y los propios y consumirnos en una voracidad narcisista.

Si no es detenernos, al menos, sentir el roce, la resistencia de transitar con otros y de caminar con una herencia de vidas,

que nos “perturban” con su compañía en nuestros recorridos.

Nosotros disponemos de gestos comprometidos, curiosos, tiernos y fuertes, de vidas largamente productivas, otras tempranamente acabadas, que nos los han dejado o donado. Ojalá resistamos a poner la experiencia fuera y los rasgos que heredamos de las viejas-jóvenes generaciones nos ayuden a seguir produciendo nuevas experiencias.

Ojalá.

Montevideo, Febrero de 2005.